

## Silo colectivo prehispánico o Agadir de Valerón (Cuesta de Silva)

POR SEBASTIÁN JIMÉNEZ SÁNCHEZ

En lo alto de un escarpe de la Montaña del Gallego, en la isla de Gran Canaria, colindando con la carretera general del norte, llamada de Las Palmas a Agaete, en el lugar denominado Cuesta de Silva, al final del kilómetro 32, jurisdicción de la ciudad de Guía, a unos 45 metros sobre la carretera y a 150 metros de altura sobre el lecho del Barranco del Calabozo o de San Felipe, está emplazado un magnífico y colosal conjunto de cuevas, cámaras, cubículos, oquedades y silos excavados en la toba volcánica y en la toba de canto blanco bajo un arco natural de basalto, que para muchos escritores, desde antiguos tiempos, ha merecido el calificativo poético de "CENOBIO DE VALERÓN" y de las "Harimáguadas", del que nos habla el Cronista de la Conquista de Gran Canaria, Pedro Gómez Escudero. Mas, para nosotros, este espléndido conjunto de cuevas y oquedades es un maravilloso y sorprendente Agadir, silo colectivo prehispánico o granero-fortaleza. Tan interesante agrupación de cuevas neolíticas fueron labradas, sin duda alguna, a golpes de hendidores, picos, perforadores, raspadores y grandes hachas, instrumentos que responden plenamente a una industria lítica del neolítico antiguo de tipo arqueológico, a pesar de presentárenos a comienzos casi de la Edad Moderna, que a su vez viene a ser un exponente de la llamada en España cultura Asturiense que adquiere vitalidad a través de apartadas regiones bajo la denominación cultural hispano-libio-mauritana y aún de la ibero-sahariana.

Pero esta afirmación nuestra no es gratuita. Ella está avalada por el ilustre arqueólogo doctor Martínez Santa-Olalla y por el resultado de las excavaciones y obras de limpieza y de conservación dirigidas en el pasado año de 1942 por la Comisaría Provincial de Excavaciones Arqueológicas, costeadas por el ilustre Ayuntamiento de la Ciudad de Guía.

Este conjunto de 365 cuevas constituye un tipo especial de granero de acantilado, lugar estratégico y dominante de un angosto valle del propio Barranco del Calabozo, desde el cual se avistan fértiles campiñas y valles ubérrimos, caminos de herradura y buena parte de costa brava y recortada, que brinda un paisaje único, sugestivo y encantador.

El AGADIR de VALERON, por su emplazamiento y disposición de silos, guarda cierta semejanza con las Cuevas del Pósito o Agadir de Temisa, en el término municipal de la Villa de Agüimes, exploradas por la Comisaría Provincial de Excavaciones en el año 1940, sin llegar a tener caracteres de identidad, toda vez que el Agadir de Temisa, del cual nos ocuparemos oportunamente, ofrece una estructura completamente definida, que no da lugar a dudas ni a elucubraciones y afirmaciones ligeras más o menos imaginativas.

Las cuevas, celdillas y cavidades diversas están dispuestas en gradas, formando cinco pisos o galerías bien definidos. A todos ellos dan acceso pasillos, andenes, corredores, galerías y peldaños labrados toscamente en la toba o canto blanco, de todos los cuales quedan vestigios elocuentes. Un buen y fiel observador puede apreciar batientes, ranuras y huecos diversos para la colocación no solo de puertas sino de los maderamentos que forman los pisos y divisorias de la vecindad; así como bonitas alacenas y agujeros múltiples empleados para fines exclusivamente domésticos.

En el primer plano, a la derecha e izquierda, según se entra, destacan tres cámaras-viviendas en lo que cabe suntuosas y regulares en su forma, reveladoras por sus dimensiones de categoría jerárquica entre los moradores de este poblado montaraz. Colocado el observador frente a este granero-fortaleza apreciará como en el lado izquierdo predominan las cuevas, de altura variable, ya superior a la talla humana o inferior a ésta, formando pisos que se comunican entre sí por ventanales y pasillos, siendo éstas las más vistosas por disponer de mayor espacio, mientras que las del lado derecho resultan más reducidas, más bajas de techo y más oscuras a medida que se internan por el pasillo angosto que separa los dos grandes núcleos de cavidades o cuevas que forman este silo colectivo, que, además de ésto parece haber tenido otros destinos, a juzgar por el material recogido en él.

Es de notar que la disposición de muchos de los ventanales interiores, a ras casi con el piso, que comunican entre sí varias de las cuevas, no permiten que buena parte de éstas fueran silos, en cambio sí pueden ser viviendas a pesar de tener altura inferior a la talla humana, pues, como es sabido, la población indígena buscaba las cuevas para abrigarse tan solo de las rigurosidades del invierno o del verano.

En el piso primero o del primer plano se hallan numerosos silos de profundidad variable, que oscilan entre uno y 1,60 metros por 1,25 metros más o menos, de ancho.

Tan interesante monumento arqueológico permaneció abandonado y sin prestársele atención alguna hasta que reorganizados en España los servicios de defensa de la riqueza arqueológica y creadas las Comisarías Provinciales de Excavaciones, la de Las Palmas de Gran Canaria, cuya jefatura ocupamos, estimó como un deber primordial de canario, ponerlo a salvo de la acción destructora del tiempo y de improvisados buscadores de antigüedades, para lo cual no dudó en interesar del Ayuntamiento de la ciudad de Guía su valiosa y efectiva colaboración económica, que obtúvose gracias a la decisión del entonces alcalde D. Juan García Mateos. Paralelo a este gesto municipal está la donación generosa y patriótica de todas estas cuevas así como el terreno inmediato en el que está ubicado el TAGOROR DEL GALLEGO, por D. Jaun Artiles Fabelo (que en

paz descansase), quien además cedió el terreno necesario para construir el camino de acceso al Agadir.

Al llevarse a cabo las obras de limpieza y de conservación en el expresado AGADIR de VALERON han quedado al descubierto varios silos y cuevas que aparecían entullidos por efecto del terrumen y acumulación de material vario arrastrado por la acción de las lluvias y vientos así como por animales. Entre esas cuevas y silos figura destacadamente la que hoy constituye por así decirlo el primer piso del mentado Agadir. Al llegar al pórtico del mismo sobresale una gran cueva, bastante espaciosa, de planta casi circular y techo abovedado, la cual tiene a su derecha, entrando, otra pequeña cueva-alcoba, y en la parte izquierda, cerca del suelo, una especie de hueco un tanto cuadrangular, a manera de alacena, sin llegar a ser ésta, pues por su estructura no lo es, toda vez que no tiene semejanza con otras que hemos visto y existen en el propio granero o agadir, aparte de no ofrecer una finalidad práctica en los usos domésticos. Las paredes del interior de esta cueva presenta varios agujeros producidos por las estacas o clavijas que tuvieron, bien para colgar utensilios domésticos o para colgar los animales sacrificados para su sustento, aunque lo más probable fuera lo primero. En el segundo piso hay varias cuevas, algunas de ellas con silos en su pavimento, destacando una que los presenta de tres o cuatro, formando círculo. En este segundo plano o piso, entrando a la derecha, encontramos una auténtica alacena, casi rectangular, adaptada para usos domésticos, muy bien proporcionada y como de unos treinta centímetros de fondo. En este grupo de cuevas fué donde recogimos varios fragmentos de monteras y de piedras de molinos juntamente con otras piedras planas y redondeadas de indiscutible uso en el hogar.

El quinto piso hacia la derecha del observador está constituido por una alta galería que se adentra en la montaña y ofrece, a uno y otro lado, de afuera a dentro, una serie de cuevas de dimensiones más reducidas, oquedades como si fueran osarios y cámaras funerarias, distintas éstas a las demás cuevas por ser alargadas o apaisadas y bajas de techo, a manera de sarcófagos o criptas. En esta galería angosta y profunda se nota menos luz y toda sus dependencias están más apartadas de las demás si bien formando un cuerpo total dentro del conjunto de cuevas. Esta disposición especial nos hace suponer como si estuvieran destinadas a un fin que necesitara mayor recogimiento. Estas cámaras no están comunmente comunicadas entre sí como están las obras. Adentrándonos por esta galería o piso encontramos varias oquedades excavadas en primer plano cuyas toscas puertas adinteladas tienen la forma cuadrangular, ovoidal y rectangular, observándose en ellas claramente las huellas que demuestran tuvieron jambas o bastidores de madera, a juzgar por los relieves, rebordes y ramuras que están aún de manifiesto. Su interior no es amplio, parecen osarios. Algunas de estas reducidas oquedades tienen en su interior otras más pequeñas. A continuación están las cuevas bajas de techo y alargadas que estimamos podrían ser cámaras mortuorias o de enterramientos, o criptas donde depositarían los aborígenes sus deudos una vez mirrados. Frente a los llamados osarios hemos descubierto una cámara alargada como de dos metros treinta centímetros, con un ventanal que da a la galería, la cual presenta en la pared del fondo un bajo relieve simbólico, quizá litúrgico, consistente en una labor de relieve en la

toba, que forma una columna central de unos 0,50 centímetros de altura. Esta especie de alacena que resulta al hacer la columna no pudo tener destino alguno en las faenas del hogar dadas sus dimensiones, en cambio, puede suponerse como de aplicación religiosa o simbólica. No cabe duda que teniendo en cuenta lo precedente, en este quinto piso o galería podemos catalogar sus cuevas y oquedades, de afuera a dentro, en los siguientes grupos:

- a) oquedades y cámaras simbólicas, quizá religiosas.
- b) cámaras osarios.
- c) cámaras enterramientos.

Como ya dejamos dicho casi todas las cuevas de un piso se comunican entre sí por posillos, ventanas y puertas, y las de uno a otro piso por escaleras labradas en la toba, las cuales aún se pueden apreciar. En el momento en que las habitaron los canarios prehispánicos tuvieron sus divisorias de maderas que agrandaban pisos, sus cortinajes y lienzos de tejido de palma y junco. Los abundantes restos de tea encontrados así lo atestiguan.

En el cuerpo central del llamado Cenobio de Valerón o Agadir del mismo nombre, está una cueva de proporciones un tanto regulares que la distingue de toda otra cueva. A sus lados existen otras más reducidas. Desde el centro de la misma se divisa un interesante panorama.

Separado de la montaña por la carretera se encuentra un gran peñón, el cual formó parte de aquella antes que se hiciera el trazado de la vía. Por la disposición de este bloque basáltico hace suponer que al estar unido a la montaña actuó de base de la rampa que unía el llamado Cenobio de las Harimáguadas o no harimáguadas, dominando todo el abrupto y profundo barranco del Calabozo y San Felipe, el que a su vez constituyó una fortaleza enriscada y extratéctica y una seria amenaza para cualquier invasor.

Por la parte lateral izquierda de este bello conjunto de cuevas hay un angosto pasillo, cara al abismo, que comunica con otras cuevas aisladas, también de antiguo construídas y ensanchadas por sus actuales moradores, que abre camino al TAGOROR del Gallego ubicado en la parte alta de la propia montaña, del que nos ocuparemos en breve.

Las excavaciones y obras de limpieza llevadas a cabo por esta Comisaría Provincial de Excavaciones con la valiosa aportación económica del Ayuntamiento de la ciudad de Guía, nos permitieron recoger unas ochenta y cinco piezas arqueológicas, fragmentarias unas, y completas otras. Este material fué el siguiente:

Un espléndido ejemplar de hacha pulimentada, probablemente enmangada a juzgar por las huellas que en ella se observan.

Otra hacha pulimentada con acusadas huellas de su uso y desgaste.

Varias piedras redondas de las llamadas "vivas" o del mar, utilizadas para fines domésticos

Asas de varios tipos correspondientes a vasijas de cerámica de uso vario y de cocción variable, material y colorido diverso, apreciándose en casi todas ellas no solo su extraordinaria antigüedad sino la tosquedad de unas y lo pulido y elegancia de otras.

Una pintadera doble de forma romboidal con pedúnculo. Esta lleva ocho filas de picos romboides.

Tres tapaderas de ánforas, con agarraderas superiores, una de ellas mayor y las dos restantes más pequeñas e iguales salvo en el color, pues una es negruzca.

Fragmentos de vasijas de diversas formas y color.

Una clavija o pequeño clavo o estaca de madera, que estuvo incrustada en la pared, utilizada para uso doméstico, tal como para atar o colgar objetos o sostener cuerdas o tomizas de los lienzos que formaban divisorias familiares.

Parte superior de un molino de piedra.

Buenos ejemplares de piedras empleadas para adobar cueros.

Piedra trituradora empleada en la confección de bálsamos o sustancias pastosas.

Puerta de tea de forma rectangular, con un agujero redondeado, utilizado sin duda alguna para poder abrir aquella; sus dimensiones son: 50 por 40.

Piedra para adobar pieles.

Piedra redondeada, de unos dos decímetros, con ranuras cruzadas para el paso de cuerdas, que acusa haber estado destinada a actuar de contrapeso de objetos que intentaban subir a los pisos altos

Siete fragmentos de morteros de piedra.

Pedazos fragmentarios de tea un tanto corroída.

Abundante cantidad de caparazones de moluscos.

Restos de animales domésticos.

Fragmento de fémur humano y de algún otro pequeño hueso.

Parte de una piedra taladrada por su centro.

Fragmento de tapadera negruzca.

Hacha pequeña de forma alargada.

Al ser cribada la tierra recogida en el interior de estas cuevas hemos encontrado más fragmentos de cerámica lisa de vivo color bermellón, parduzco y negro, restos de animales, algunas tabonas, una diminuta vasija a manera de juguete, pedazos de tea, y material conchero.

Como dato interesante y valioso no podemos dejar de consignar que en estas Cuevas de Valerón fué recogida en el pasado siglo por D. Luis Maffiotte, una pequeña figura femenina, dato que Sabino Berthelot incorpora a su obra "Antiquités Canariennes", en 1879. Es la que este autor reprodujo en dibujo en la lámina 8, figura 1 de la misma obra; y que por ello es bien conocida de los que por las antigüedades insulares se interesan. Actualmente está en la sala segunda de cerámica, vitrina dedicada a ídolos, del Museo Canario, catalogado bajo el número 620. Como puede verse en el grabado citado, aparece rota por la parte inferior y lado derecho del espectador. Mide 8 centímetros de alto por 78 milímetros de anchura máxima y 3 centímetros de grosor máximo. Esta figurilla de barro gris pintado de rojo representa una cabeza de mujer con largo cuello liso; su cara es redonda, ojos y boca redonda y nariz alargada. De la parte superior de la cabeza nace una especie de cabellera muy nutrida y rizada que cae a manera de apéndice por el lado izquierdo, según se ve, faltando por rotura la del lado derecho. Por detrás tiene esta misma caída de pelo, pero en la parte central cae una especie de trenza ancha. Para Miguel Maffiotte el peinado de este ídolo femenino es un manto; ¿y porqué no, toca monjil, decimos nosotros? Berthelot y Maffiotte ven en la ancha trenza de la espalda "un gigante que

phallus", que el Dr. Pérez de Barradas no sabe que pueda ser, como tampoco el recuerdo del estilo egipcio a que se refieren las antes dichas personalidades.

Mas, tan poco queremos dejar de consignar lo que no hace mucho nos dijo el respetado anciano de 78 años D. Agustín Marrero Díaz, familiar del contrastista que remató la carretera a Guía. El nos refiere que teniendo unos doce años aparecieron en cuevas ubicadas donde llaman "El Hormiguero", distante de las cuevas de Valerón unos dos kilómetros, muchos esqueletos envueltos en esterillas y alguna loza. Hasta aquí la parte descriptiva y documental.

De poco tiempo a esta parte—y esto no es extraño en Arqueología, ciencia que está en formación y en constante renovación de teorías a tono con los hallazgos e investigaciones—se niega que el llamado desde antiguo CENOBIO DE VALERON fuera un tal Cenobio, afirmándose por el contrario que se trata de un silo colectivo, afirmación que nos la hace con toda su autoridad de arqueólogo ilustre el profesor Dr. Martínez Santa-Olalla, y el propio profesor de la Universidad de Alger, monsieur George Marcy. Mientras el historiador Pedro Agustín del Castillo y tantos otros nos hablan del Cenobio de Valerón y de las maguas, maguadas, harimáguadas, haximáguadas y marimáguadas o vestales, Martínez Santa-Olalla y George Marcy nos presentan a este sorprendente y laberíntico conjunto de cuevas como un silo colectivo, agadir o granero, no faltando quien opine sean cuevas funerarias.

Pedro Gómez Escudero, Cronista de la "Conquista de la Gran Canaria", nos habla de doncellas que llamadas Maguas y Maguadas y por los españoles Marimaguadas, estaban recogidas en monasterios y eran las que ponían agua y lavaban la cabeza a los recién nacidos, a manera de bautismo. Antonio Sedeño, Cronista también de la Conquista, dícenos en el Cap. XVII de su "Historia de la Conquista de la Gran Canaria" que tenían personas recogidas y de buena vida que habitaban en "lugares altos que estaban señalados para ello y estos eran como a manera de monjas que guardaban castidad y frailes, los cuales recibían cierta parte de los frutos que se recogían en la tierra y los ponían en cuevas que tenían para ello, y los guardaban un año, y cuando venía el tiempo de coger otro esquilmo, de cada cosa no podían recibir aquella parte sin que primero gastasen de lo del año pasado dándolo a los pobres, y para esto había grande orden y personas diputadas destos religiosos que los hacían guardar".

El Padre Sosa, en el Cap. II del libro III, de su "Topografía", refiérenos que las personas virtuosas y de buena vida, que guardaban pureza y castidad, estaban recogidas en lugares altos y diputadas a manera de monjas. Marín y Cubas en el Cap. XVIII de su obra inédita habla de "las cosas de Maguas que los españoles llamaban Marimáguadas" El mismo autor habla de monasterios de maguas

El historiador y poeta isleño Antonio de Viana habla de las "Harimáguadas" o jóvenes que prometiendo virginal pureza vivían en grandes cuevas como en monasterios. El Padre Abreu Galindo refiérenos del trato especial que recibían las elegidas para el matrimonio, trato o engorde que, en opinión de los Cronistas más antiguos, hacían a las jóvenes casaderas más aptas para concebir.

El ya citado cronista Sedeño describe como fué prendida la sobrina del Guanarteme encontrándose ésta bañando en donde llaman "Los Bañaderos", to-

ponímico que hoy subsiste. Este hecho, ocurrido en la persona de la princesa Tene-soya Vidina, fué recogido más tarde en las siguientes estrofas:

“Estando bañando con sus damas  
de Guanarteme el Bueno la sobrina,  
tan bella, que en el mar enciende llamas,  
tan blanca, que a la nieve más se empina;  
salieron españoles de entra ramas,  
y desnuda fué presa en la marina:  
y aunque pudo librarse cual Diana,  
del que la vió bañar en la fontana,  
partir se vió la nave a Lanzarote,  
donde con el santísimo rocío  
la bañó en nueva fuente el sacerdote,  
de dó salió con tal belleza y brío,  
que con ella casó Monsieur Maciote,  
que el noble Bethencourt era su tío:  
y de estos dos, como del jardín flores,  
proceden los ilustres Betancores.”

Si como se dice en las precedentes líneas, recogiendo ideas de antiguos cronistas, estas jóvenes virtuosas se recogían en cuevas o celdas enriscadas, altas y elegidas, como monasterios, ¿no puede presumirse que parte de las dichas cuevas de Valerón fueran monasterio o cenobio? ¿No tienen esas cuevas o celdas las características citadas? Mas, si fueron Cenobio estuvieron habitadas, y esta habitabilidad nos la prueba evidentemente la serie de material arqueológico recogido, del que ya hemos hecho relación. Furan Cenobio o no, no hay duda que estuvieron habitadas.

Que fué silo colectivo prehispanico. He aquí un nuevo y lógico calificativo que enaltece a los profesores Martínez Santa-Olalla y George Marcy. Esta afirmación no admite objeciones. Creemos que fué un silo o granero o agadir, y ello nos lo evidencia la estructura, distribución y dimensiones de las oquedades llamadas silos. El cronista Gómez Escudero afirma que los canarios “tenían silos en los riscos, en los que se conservaba el grano sin dañarse”. El mismo autor nos refiere que “tenían pósitos donde encerraban cebada y cosa de comer”.

Ya hemos referido que Sedeño nos dice que “personas recogidas y de buena vida, como a manera de monjas, recibían cierta parte de los frutos que se cogían en la tierra y los ponían en cuevas que tenían para ello...” Esta afirmación podemos desdoblarla en dos: la una, que habían cuevas graneros, pósitos o silos; y la otra, que habían unas mujeres virtuosas y recatadas, que llamaban maguas, como si fueran monjas, las que tenían a su cargo la custodia y ejemplar distribución de los granos y frutos; y añade el mismo Sedeño “...y para esto había grande orden y personas diputadas destos religiosos que los hacían guardar”. ¿Qué prueba esto? ¿No sacamos la conclusión que el granero o silo prehispanico, en este caso el de Valerón, además de serlo fué posiblemente casa de maguadas o harimaguadas?

Nos queda otra apreciación. En el curso de este estudio monográfico hemos dicho como en el quinto piso o galería de este conjunto de cuevas neolíticas, situábamnos, de fuera a dentro, tres grupos de cavernas y oquedades:

- a) oquedades y cámaras simbólicas, quizá religiosas.
- b) cámaras-osarios.
- c) cámaras enterramientos.

Todos estos grupos ya los hemos descrito, y al hacerlo indicábamnos la posibilidad que los mismos respondan a la realidad de unas exigencias de la vida. El hecho de haber sido recogido en este grupo de cuevas la figurilla humana de mujer de que nos habla Maffiotte y Berthelot, y que hoy se exhibe en "El Museo Canario" ¿no nos demuestra habitabilidad y nos ponen de manifiesto prácticas religiosas? ¿Esta misma figura simbólica femenina con su manto, toca o cabello suelto y rizado no nos trae el recuerdo de las monjas actuales? En fin, ¿no es esto una prueba más y elocuente de que las Cuevas de Valerón fueron aparte de Agadir moradas de canarios prehistóricos? Y ello, a pesar que por el señor Alvarez Delgado se diga erróneamente que en general son cuevas menores que la talla humana. Todo lo colegimos de los vestigios recogidos en nuestras excavaciones, y de las fuentes consultadas y, sobre todo, de la propia observación en tan interesante y representativo monumento.

Puede que estemos equivocados, pero nuestras apreciaciones no son resultado de visitas rápidas, sino consecuencias de una labor realizada detenidamente.

Las Palmas de Gran Canaria, 13-11-43.